

# Crónica de una visita a Punta de Rieles

Mariano H. Gutiérrez

Mario me insistió, y sabe insistir, en que debía acompañarlo a conocer Punta de Rieles. Supongo que es porque me he arrogado la función de ser el tábano de APP, de comerles la cabeza contra las clásicas ideas de reforma, la mayoría de las cuales me parecen meramente formales, inocuas, antiguas, poco comprometidas con el cambio real de las prácticas penales, poco adecuadas al contexto socio histórico actual. Me molesta la repetición incesante de las viejas fórmulas de los primeros juristas progresistas de la democracia (Zaffaroni, Maier, y por qué no Binder) y les insisto con que hay que pensar una agenda de reformas propia, que ubique los problemas más actuales y más graves, con vocación de cambio real, y con mirada en los efectos y las prácticas, más que en las formas y los vocabularios. Y según dice Mario, tengo que conocer Punta de Rieles.

Punta de Rieles se nos presentaba como la cárcel uruguaya “modelo” (aunque Rolando, su director, luego, rechazaría esa categoría: “una cárcel no puede ser modelo de nada”, y además era una experiencia muy puntual, muy específica y con condiciones muy particulares, no necesariamente “exportable”). Según decían los artículos y cortos que vimos, era como una cárcel-pueblo, donde todos los presos trabajaban, por interés propio, pero con todas las facilidades para hacerlo, y donde casi todos ellos también estudiaban. No sé cómo había llegado a oídos del ubicuo Mario todo esto (a Mario le llega todo, y lo que es más llamativo para mí, se acuerda de todo). Pero, como sabemos los que trabajamos con el sistema penal, siempre las cárceles se “venden” como humanas y positivas, y luego, incluso en una visita guionada, el experto sabe ver, atrás de lo que quieren mostrar los oficiales, las marcas de la tortura, de la miseria, de la enfermedad desatendida intencionadamente, de la degradación como maquinaria y objetivo. Por eso, había que ir a verla.

Lo primero que conocimos de Punta de Rieles fue a su director, Rolando, ya no me acuerdo el apellido (porque en eso y en tantas cosas, soy al revés de Mario). Rolando vino de guayabera y nos saludó con un beso. Fumador empedernido y muy locuaz, ex oficial de inteligencia cubana (¡!), y, cosa que también el ojo experto sabría ver: un tipo siempre alerta, curtido, pillo y cuando quiere, muy duro. Cuando llegamos a la puerta, nos revisaron para entrar, como en cualquier cárcel, pero no tuvimos que dejar nuestros celulares ni las cámaras. Allí Rolando dio una voz de mando a un policía, para que abra la puerta o algo así, una orden seca, que en su tono transmitía autoridad. Sin gritar, y con confianza (se dirigió al policía por su nombre propio y le pidió “por favor”) se imponía. Los policías lo deben respetar, pensé.

Los policías estaban sólo en la puerta para controlar el ingreso y el egreso. Era día de visitas así que hoy estaban ocupados. Adentro no había policías ni guardias militarizados, sino un cuerpo muy heterogéneo, en general jóvenes, con una chomba celeste y pantalones azules: son “operadores penitenciarios”, no tienen escalafón militar ni formación militar. De hecho, esta primera tanda de “operadores” con que se reemplazó a los oficiales policiales, ni siquiera tiene carrera propia, una formación específica. Muchos parecen estudiantes universitarios (Rolando,

entre otras cosas, es profesor de sociología, y me validó sus pliegos en una charla, hablando de Garland y Wacquant). Están intentando armar la carrera, pero aún no está lista. Los tres (Mario, Rolando y yo) saludamos a los operadores con un beso, a la usanza rioplatense actual. Y empezamos la recorrida, por una especie de calle de tierra redonda, que da la vuelta por la que sería algo así como el centro cívico (?). Entramos en auto, que Rolando estacionó en una casita donde está su oficina. Las puertas de las oficinas están cerradas con llave, pero la “casita”, donde están también los baños, no. Al comenzar la recorrida, nos cruzamos con varios detenidos que circulaban también por la calle. Ninguno se paró, ninguno tuvo que mirar para abajo, solo nos saludaban con la mano, y si estaban cerca, con un estrechón de manos o con un beso. Si, Rolando era oficial de inteligencia, pero si esto es un montaje, es el montaje mejor preparado que he conocido. Tuvo que poner a 600 presos y unas decenas de operadores a ensayar el saludo espontáneo con un beso, y a aprender a no llamarlo “señor” durante meses. Nos miramos con Mario, sin hablar, compartiendo que “todo parece genuino”.

Cerca de la oficina-casita hay cientos de ladrillos de cemento apilados. Son de la empresa de Roberto (le invento el nombre, porque tampoco lo recuerdo). Roberto es un preso (...“nadie ES un preso, ESTÁ preso...” insiste Rolando). Bueno, tiene razón, me corrijo: Roberto *está* preso hace 16 años, por homicidio, y el juez de ejecución ya le adelantó que no le importa cómo se porte, lo va a dejar en cana hasta el final por la calificación del hecho (¡¿qué bueno que ahora tenemos jueces de ejecución que garantizan las garantías, no?!). Bueno, el caso es que Roberto parece una pieza fundamental en este proyecto: primero, tiene pinta de ser el preso más duro entre los duros. Es enorme y tiene un rostro duro y unos brazos gigantescos. Es el que si hay un motín lo lidera, pienso yo, o lo sofoca. Este preso, el que ya las pasó todas, labura y labura. Se rompe el lomo laburando. Tanto que dejó de ser empleado en el emprendimiento de bloques porque se compró su propia máquina y ahora tiene a cinco empleados (también presos). Está en blanco: su empresa está inscrita en la DGI. Claro que para competir con las empresas de afuera, Roberto vende el bloque de cemento a 15 pesos, cuando el precio general es de 25. Tanto labura Roberto, de sol a sombra, que las autoridades del penal le tuvieron que hacer un planteo de derechos laborales, que no le puede exigir tanto a sus empleados (también presos), que tienen derechos y que la jornada de trabajo tiene límites. Roberto lanza una queja indirecta, algo como que sus empleados son unos vagos: no parecen. Es sábado y están trabajando. Eso quiere decir que hoy no han venido a visitarlos, claro.

Los días de visita son sábados, domingos y miércoles. La familia puede quedarse casi todo el día, de 10 a 6. Y vemos a varias familias que charlan a la sombra de algún quinchito que se han armado, afuera de su pabellón, experiencia, que sin dejar de ser dolorosa (imagino el momento de la separación), no es tan indigna como tener que encerrarse por un par de horas en un cuarto sucio y húmedo, rodeado de otras familias en la misma situación. Tal vez el día ayude a dar una buena impresión, porque el clima está muy agradable. Habría que ver cómo es la visita un día frío o lluvioso. Nos miramos de nuevo con Mario ¿Estamos siendo demasiado crédulos? ¿Tanto necesitamos creer en un cambio posible que estamos comprando un montaje? No parece, seguimos la recorrida. Hay negocios levantados alrededor de la calle redonda y afuera de algunos

pabellones. Un par de almacenes, levantados y pintados bien caseramente, una panadería donde están haciendo una torta para una fiesta de 15 de “afuera”, y que ostenta, aún al mediodía, cuantiosas medialunas (el panadero inventó un sistema de pago con una libreta para cada cliente, sea que esté preso o en libertad, en donde va tachando cuadraditos que representan valores), un ex tatuador ilegal de los pabellones, que hizo su negocio legal (y más seguro e higiénico) y hasta tiene de clientes a los policías; y un programa de radio, conducido por un joven *que está preso* - acompañado en ese momento por su familia que venía de visita- y un músico y un militante de afuera que ayudan a montar el estudio y producen el programa.

Durante nuestra visita a la panadería Rolando reconoce a uno de los empleados (que *está preso* también) y cambia su semblante: “Con vos quería hablar!!”. Rolando le dice, muy enojado, que por culpa de querer meterse en una de las páginas que tienen bloqueadas, ahora les bloquearon todas las notebooks (supongo que se refiere al servicio penitenciario como aquellos que las bloquean), y que por culpa de él se quedaron todos sin computadora y que se yo. El acusado le contesta: lo niega, dos, tres veces, indignado, pero no resulta muy verosímil, después contraataca, “ahhh, y por eso no me traés los libros?” (se refiere a los libros de estudio, pues todo esto pasa alrededor de sus materiales como estudiante). “No, yo te los voy a traer! Porque yo no soy como vos!”, responde más ofuscado Rolando. Esta es, para mí la prueba de la verdad, le digo a Mario. Discutieron como dos personas, se enojaron mutuamente, se acusaron mutuamente... como dos personas, como dos personas que entran en conflicto, que se enojan. En este caso sin insultarse, pero lo mejor, sin que nadie deba callar y mirar al piso, sin las manos para atrás “Sí, señor”, “no, señor”. Mario y yo nos alejamos, por pudor, de la escena, lo que obliga a Rolando a dejar inconclusa la discusión.

Empieza a caer la tarde y recorren la calle parejitas y familias jóvenes. Es que algunas visitas ya se van y los jóvenes *que están* presos acompañan a la visita hasta la puerta de salida (sí, como en casi todas las cárceles: son casi todos jóvenes), porque, curiosamente, de día hay libertad de movimiento por todo el penal, y los días de visita, esto incluye a las visitas. “No hay que enamorarse de la cárcel, hay cosas más lindas para enamorarse”, repite Mario. Y tiene razón. Lo dice para que sigamos recordando que no es verdaderamente un pueblo, como de a ratos parece. Los presos duermen en pabellones, cerrados por la noche. A las visitas se las requisa, escrupulosamente. Dos filas de un alto alambrado, rematado por alambre de púas, rodea a todo el “pueblo”, y cada 50 metros hay una torreta con militares, que en el cambio de guardia se ven bastante distendidos. Es que en Uruguay todas las cárceles de media y alta seguridad (esta es considerada de media) son vigiladas, en su perímetro exterior por militares, que tienen orden de matar si alguien intenta cruzar la reja en cualquier sentido. La mirada de las torres nos recuerda que esta cárcel pueblo sigue siendo una excepción, y que incluso la intención de darle esa fisonomía se choca con una fuerza superior, con la que debe convivir, que dice que a las personas que viven allí ¡se les puede tirar a matar!, incluso por la espalda, a distancia, y sin que impliquen una amenaza física inmediata. Hasta qué punto esta violenta amenaza choca y le pone límites al pretendido espíritu comunitario de la “cárcel pueblo”, y hasta qué punto es funcional a ella, sirviendo como recordatorio de que los mismos presos tienen que cuidar su privilegio a estar ahí,

porque el sistema, para el resto, y para quien aquí cometa una falta también, sigue siendo un puño de hierro o una bota en la nuca, no es una discusión para cabezas políticamente correctas. Lo que te expulsa aquí es: un intento de fuga, tener una faca, o vender droga (consumirla, en cambio es un problema, pero se intenta solucionarlo). Estas tres cosas te dan un pasaje directo al infierno uruguayo, la cárcel de Libertad (¡que perversión ponerle ese nombre a esa cárcel, no?!). Eso sí, acá no hubo muertos ni motines, y sólo al comienzo (hasta que echaron a la policía del manejo interior) casos de tortura o violencia física institucional. De la salud se encarga Sanidad Pública (que tiene una pequeña salita), de la Educación, el Ministerio de Educación y el trabajo se lo tienen que procurar los propios detenidos, con toda la ayuda, para cuestiones burocráticas y para gestionar contactos, de la dirección del penal. Todo en blanco.

Sobre el final le pregunto a Rolando cómo ha hecho para evitar que los penitenciarios “le tiren muertos” o le organicen fugas para boicotearle el proyecto. Rolando me cuenta un par de anécdotas. Claro, para que esto funcione, Rolando tiene que ser más pillo que los pillos y más duro que los duros. Es ahí que entra su know how como oficial de inteligencia. Así lo ha hecho, y recurriendo al principio de la verticalidad más pura. Dando órdenes y echando gente cuando fue necesario. Por supuesto, también ha necesitado una banca política continua e importante. Rolando nos habla mucho, y con mucho cariño y admiración, del codirector de la cárcel, un tal Negro Parodi, viejo militante de izquierda y ahora en el Frente Amplio, y lo describe como a un Mujica, un viejo zorro con mucha experiencia, con muchas mañas y muy campechano. Si ganaba la oposición, Rolando y Parodi debían irse y el proyecto se terminaba ahí, eso está claro.

Volvemos al hotel, despedimos a Rolando, nuevamente con un beso. Pero el viaje no termina ahí. Un molesto zumbido acompañó a Mario todo el viaje en su cabeza. Un zumbido del que hace tiempo me curé yo mismo ¿Cómo proponer o defender alternativas cómo ésta, sin “legitimar” la cárcel? ¿Si proponemos cambios, si hacemos propuestas, estamos legitimando? Yo me asombro de que una cabeza tan activa, tan incansable, tan curtida, aún siga con estas discusiones. Me imagino, claro, a algunos compañeros del ambiente atacando: “legitimantes!!”. Y me parece tan infantil. La cuestión no es si desde el limpio púlpito de la academia, de nuestro conchabo como asesor legislativo o desde la tinta impresa somos “legitimantes” o no. La cuestión es si hacemos algo para cambiar de verdad las cosas o no. La cuestión no es nuestro discurso o el del otro, si no si nuestras prácticas pueden cambiar a las prácticas. Puede haber alguien con un discurso “legitimante” que sin embargo, con los pies en el barro haga mucho por cambiar la vida de las víctimas del sistema penal. Y también ratones de biblioteca que desde una cómoda postura siempre crítica, sin fisuras, imaginando un mundo imposible donde todo sea bello y sin conflictos, sean furiosamente “antilegitimantes”, y no hayan oído a un preso, ni desde lejos (perdón, Rolando, quiero decir *a una persona que está presa*). Yo quiero luchar codo a codo con el segundo. El discurso lo debatimos tomando un café, y, ahí sí, te lo debato a muerte, pero entre compañeros. Tampoco es cuestión de enemistarse con el que da pelea desde el discurso. También lo debatimos, también somos compañeros (somos tan pocos, el enemigo es tan fuerte, mejor dar la pelea juntos), pero sé que en realidad poco está haciendo para cambiar el mundo ¡Es tan fácil

imaginar que se arregla el mundo desde un escritorio, que se arregla con palabras! Pero eso no pasa.

Decirle a una persona que está presa que uno no va a cambiar la cárcel, porque a la cárcel sólo hay que abolirla, como si de la voluntad dependiese, es el peor de los cinismos. Entonces tampoco luchemos por los derechos sociales, porque al capitalismo no hay que mejorarlo, sino combatirlo. No demos cuidados paliativos a los enfermos, porque la enfermedad hay que erradicarla. No demos comida a los moribundos, porque el mundo debería ser más justo. Si me lo dice, toma el fusil y se va a combatir al monte, me callo. Lo respeto. Pero si me lo dice desde su escritorio, sacrificando a aquellos cuya vida se puede mejorar, porque hacerlo sería "legitimar el sistema", le diría que no se valga del sacrificio de otros para sostener su propia carrera, su propia (im) postura académica. Que hay mucho para hacer aún mientras se pregona o se espera la revolución. Y Punta de Rieles nos muestra alguna de esas cosas que se pueden comenzar a hacer.